

porque todos estos hechos estaban a la vista y él era anterior a todos éstos que al presente están enseñando otra cosa diferente y no ignoraba tampoco la verdad. Porque no sólo 36 era compañero sino también colaborador de los apóstoles, sobre todo de Pablo, el cual lo manifestó así en sus cartas diciendo: «Demas me ha abandonado, y ha marchado a Tesalónica; Crescente a Galacia y Tito a Dalmacia. Sólo Lucas está conmigo» (r). Manifiesta esto que Lucas ha 40 estado siempre unido a Pablo y no se ha separado nunca de él. También en aquella carta dirigida a los Colosenses dice: «Os saluda Lucas el médico bien amado» (s). Si por tanto Lucas, que ha predicado siempre con Pablo, que ha 44 sido llamado por él «bien amado», que ha anunciado con él el Evangelio y ha sido quien ha tenido la misión de contarnos este Evangelio, no ha aprendido de él ninguna otra cosa, como lo hemos manifestado por sus palabras, ¿cómo éstos que nunca estuvieron unidos a Pablo pueden jactarse de haber aprendido de él unos misterios ocultos e 48 indecibles (inenarrables)?

14.2. Que Pablo enseñaba sencillamente lo que sabía, no sólo a los que estaban con él, sino también, a todos sus oyentes, lo manifiesta él mismo: «Habiéndose reunido en 52 Mileto los obispos y ancianos procedentes de Efeso y demás ciudades vecinas (a) —porque se daba prisa para celebrar en Jerusalén la fiesta de Pentecostés (b)— después de haberles atestiguado numerosas cosas y haberles dicho lo que iba a sucederle en Jerusalén (c), añadió: “Yo 56 sé que vosotros no me volveréis a ver. Por lo que os testifico en el día de hoy que estoy limpio de la sangre de todos. Porque yo no me sustraigo a la misión que me incumbe de anunciaros todo el plan de Dios. Velad por 60 vosotros y por todo el rebaño del que el Espíritu Santo os

14.1. (r) II Tim. 4,10-11.

14.1. (s) Col. 4,14.

14.2. (a) Hech. 20,17.

14.2. (b) Hech. 20,16.

14.2. (c) Hech. 20,18-24.

ha constituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que ha adquirido con su propia sangre” (d). Despues, denunciando a los falsos doctores que han de venir, dijo: “Yo 64 sé que despues de mi partida se introducirán entre vosotros lobos crueles, que no perdonarán al rebaño; y que de entre vosotros mismos surgirán hombres que enseñen doctrinas perversas con el fin de arrastrar a los discípulos en pos de sí” (e)». «Yo no me oculté, dice, a la misión que me incumbía de anunciaros todo el plan de Dios». Así que 68 los apóstoles transmitían a todos con toda sencillez y sin rehusar a nadie lo que ellos habían aprendido del Señor. Así tambien Lucas, sin rehusar a nadie, nos ha trasmítido lo que él había aprendido de los apóstoles, como lo atestigua con estas palabras: «Según nos han enseñado los mismos que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra» (f).

14.3. Ahora bien, si alguien rechaza a Lucas como si no conociera la verdad, rechazaría manifiestamente el Evangelio del que se pretende ser discípulo. Porque por medio de Lucas conocemos precisamente un gran número de acontecimientos del Evangelio —y los más esenciales—: tal como la generación de Juan y la historia de Zacarías (a); la venida 76 del ángel a María (b), y la exclamación de Isabel (c); la bajada de los ángeles a los pastores y lo que ellos dijeron (d); el testimonio de Ana y Simeón sobre Cristo (e); el episodio de Cristo cuando quedó en Jerusalén a la edad de doce años (f); el bautismo de Juan con la mención de la edad en que 80 84 fue bautizado el Señor (g), y que fue el año decimoquinto del imperio de Tiberio César (h). Igualmente en la enseñanza del Señor aquellas palabras dirigidas a los ricos: «Pero

14.2. (d) Hech. 20,25-28.

14.2. (e) Hech. 20,29-30.

14.2. (f) Luc. 1,2.

14.3. (a) Luc. 1,5-25.

14.3. (b) Luc. 1,26-38.

14.3. (c) Luc. 1,42-45.

14.3. (d) Luc. 2,8-14.

14.3. (e) Luc. 2,25-38.

14.3. (f) Luc. 2,41-50.

14.3. (g) Luc. 3,23.

14.3. (h) Luc. 3,1.

¡ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestra consolación!» (i), y «¡ay de vosotros los que ahora estáis harts, 88 porque tendréis hambre!» y «¡ay de vosotros los que ahora reís, porque lloraréis!» (j) y «¡ay de vosotros cuando os alaben todos los hombres: así alababan vuestros padres a los falsos profetas!» (k). Y todo esto lo hemos conocido sola- 92 mente por medio de Lucas. Y hay también otro gran número de acciones del Señor que hemos conocido por medio de este mismo Lucas y de las que usan todos los herejes como de fuente: como la gran multitud de peces que capturaron los que trabajaban con Pedro, cuando el Señor les dio la orden 96 de echar la red (l); la mujer que sufría durante dieciocho años y fue curada en sábado (m); el hidrópico curado por el Señor en sábado, y cómo se justificó el Señor de haberle curado en ese día (n); cómo enseñó a sus discípulos a no 100 buscar los primeros puestos (o); y cómo es preciso invitar a los pobres y enfermos, que no pueden restituir (p); y el hombre que golpea la puerta de noche para conseguir los panes y que los consigue gracias a su importunidad (q); cómo, 104 cuando estaba a la mesa en casa del fariseo, una pecadora besaba sus pies y los ungía con ungüento y todo lo que a causa de ella dijo el Señor a Simón acerca de los dos deudores (r); la parábola del rico aquel que almacenó las cosechas 108 de sus tierras y a quien se le dijo: «Esta noche se te pedirá tu alma; y ¿para quién será lo que has cosechado?» (s); de la misma manera la parábola del rico que se viste de púrpura y banquetea espléndidamente, y el pobre Lázaro (t); y aquella 112 respuesta que dio a sus discípulos cuando le dijeron: «Aumentan la fe» (u); la conversación del Señor con Zaqueo el publicano (v); y acerca del Fariseo y el Publicano que

14.3. (i) Luc. 6,24.

14.3. (j) Luc. 6,25.

14.3. (k) Luc. 6,26.

14.3. (l) Luc. 5,1-11.

14.3. (m) Luc. 13,10-17.

14.3. (n) Luc. 14,1-6.

14.3. (o) Luc. 14,7-11.

14.3. (p) Luc. 14,12-14.

14.3. (q) Luc. 11,5-8.

14.3. (r) Luc. 7, 36-50.

14.3. (s) Luc. 12,16-20.

14.3. (t) Luc. 16,19-31.

14.3. (u) Luc. 17,5-6.

14.3. (v) Luc. 19,1-20.

estaban orando al mismo tiempo en el templo (w); los diez
 116 leprosos que purificó al mismo tiempo cuando iba de cami-
 no (x); la orden que dio de salir a las calles y plazas y reunir
 a los cojos y ciegos para las bodas (y); y la parábola del juez
 que no tenía temor de Dios, pero la importunidad de una
 120 viuda le obligó a hacerle justicia (z); y la higuera que estaba
 en la viña sin producir fruto (zz). Se podrán encontrar aún
 muchos más temas que no son referidos más que por Lucas
 y que Marción y Valentín no dejan de utilizar. Añadiendo a
 todo esto las palabras que el Señor dirigió a sus discípulos,
 124 después de la resurrección, a lo largo del camino, y cómo
 ellos le reconocieron en la fracción del pan (zzz).

14.4. Los herejes, por tanto, deben necesariamente, o
 bien aceptar todo el resto de lo que ha sido dicho por Lucas,
 128 o rechazar también todo lo que acabamos de mencionar;
 porque ningún hombre sensato les permitirá aceptar cier-
 tas palabras de Lucas como verdaderas y rechazar otras
 como si no hubiese conocido la verdad. Por tanto una de
 dos: 1) o bien rechazan todo, y en este caso los discípulos
 132 de Marción no tendrán Evangelio, puesto que hacen alar-
 de de poseer un Evangelio mutilado de Lucas, como he-
 mos dicho ya; y los discípulos de Valentín interrumpirán
 sus abundantes charlatanerías puesto que es precisamente
 136 de este Evangelio de donde sacan la mayor parte de sus
 sutilezas, tratando de interpretar mal lo que estaba bien
 expresado; 2) o bien quedarán obligados a aceptar tam-
 bién todo el resto del Evangelio de Lucas, y en este caso,
 prestando atención a la integridad del Evangelio y de la
 140 enseñanza de los apóstoles, deberán hacer penitencia para
 salvarse del peligro.

14.3. (w) Luc. 18,9-14.

14.3. (x) Luc. 17,11-19.

14.3. (y) Luc. 14,21-24.

14.3. (z) Luc. 18,1-8.

14.3. (zz) Luc. 13,6-9.

14.3. (zzz) Luc. 24,13-32.

Contra los que rechazan el testimonio de Pablo

15.1. Nosotros repetimos la misma argumentación a los que conocen al apóstol Pablo: o bien deben rechazar el resto de las palabras del Evangelio que ha llegado a nuestro conocimiento solamente por medio de Lucas, y no usar de ellas; o bien, si las aceptan todas, deben aceptar también el testimonio de Pablo.

Porque Lucas refiere que el Señor habló primero a Pablo desde lo alto del cielo en estos términos: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesu-Cristo a quien tú persigues» (a). Despues, dice Lucas, el Señor habló así a Ananías sobre Pablo: «Anda, que éste es para mí instrumento elegido, para llevar mi nombre a los gentiles y a los hijos de Israel. Y yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre» (b). Por tanto los que no aceptan al que ha sido elegido por el Señor, para llevar con buen ánimo su nombre a las naciones susodichas, menosprecian la elección del Señor y se separan a sí mismos de la comunidad de los apóstoles. Y no pueden pretender que Pablo no sea apóstol, porque ha sido elegido precisamente para este menester; ni tampoco pueden demostrar que Lucas sea mentiroso cuando nos anuncia la verdad con toda exactitud. Porque tal ha podido ser la razón por la que Dios ha obrado de suerte que un número determinado de tratados del Evangelio fuese revelado solamente por medio de Lucas —tratados que todos los herejes se verán obligados a explicar—. Dios quería que, dejándose guiar por el testimonio subsiguiente de Lucas sobre los hechos y la doctrina de los apóstoles y conservando así inalterable la regla de la verdad puedan salvarse todos. Así el testimonio de Lucas es verdadero, y la enseñanza de los apóstoles clara, firme, y que no han ocultado nada (c), ni enseñado ciertas cosas en secreto y otras a la luz del día.

15.1. (a) Hech. 9,5; 22,7-8; 26,14-15.

15.1. (b) Hech. 9,15-16.

15.1. (c) Hech. 20,20-27.

15.2. Tal es, en efecto, la actuación de los simuladores, de los seductores perversos, y de los hipócritas, y tal 32 precisamente la manera de proceder de los discípulos de Valentín. Ellos dirigen discursos a la multitud, con la finalidad de hacer adictos entre los que pertenecen a la Iglesia, y que son llamados por ellos «gente común» y «gente de Iglesia». Por ello sorprenden a los incautos y los sedu- 36 cen, imitando nuestro lenguaje, para que los puedan escuchar muchas más veces; estos incautos son informados también sobre nosotros de que, pensando de manera parecida a la nuestra, nosotros rehusamos sin motivo comunicar con ellos: ¡diciendo las mismas cosas que nosotros y poseyendo 40 la misma doctrina [enseñanza], sin embargo les tratamos de herejes! Y cuando han destruido la fe de algunos por medio de sus doctrinas y han hecho que sus oyentes no les contradigan ya más, a éstos, cogiéndoles aparte, les 44 descubren el misterio inenarrable de su «Pleroma». Así se dejan seducir todos los que se creen capaces de distinguir la verdad de lo que se oculta bajo los discursos capciosos. Porque el error es capcioso y trata de disfrazarse, en tanto que la verdad se presenta sin disfraz y por eso ha sido encomendada a los niños (a). Y si alguno de sus oyentes 48 busca aclaraciones o les contradice, declaran que éste no capta la verdad y que no posee la «simiente» de arriba que proviene de su «Madre»; se niegan entonces a comunicarle sea lo que sea, afirmando que pertenece al «Interme- 52 diario»; o dicho de otro modo, a la casta de los «psíquicos». Mas si, tal como una oveja pequeña, alguien se entrega a ellos sin reserva, una vez iniciado en sus misterios, y llegado a ser por ello beneficiario de su «redención», tal hombre queda que no cabe más en sí; cree no estar ni en el cielo ni en la tierra, sino haber hecho su entrada en el Pleroma y haber abrazado ya a su «ángel»; camina con aire triunfalista, con mirada altanera, con la arrogancia de un gallo. Hay entre ellos quienes dicen que 56

60 el hombre venido de arriba debe alcanzar una conducta irreprochable, y por eso fingen una gravedad llena de arrogancia. Mas la mayor parte de ellos menosprecian tales menudencias, bajo el pretexto de que ya son perfectos; viviendo sin moderación y en el desprecio de todo, se otorgan 64 a sí mismos el título de espirituales y dicen conocer ya cuál sea el lugar de descanso que les corresponderá dentro del Pleroma.

15.3. Mas volvamos a nuestro asunto. Se ha mostrado claramente que los anunciantes de la verdad y los apóstoles de la libertad no han llamado Dios o Señor a nadie más que al solo verdadero Dios, es decir al Padre y a su Verbo, que tiene la primacía en todas las cosas (a). Se ha 72 demostrado con evidencia que el Creador del cielo y de la tierra, que ha conversado con Moisés, que le ha dado la ley, y que ha llamado a los padres, es el que los apóstoles han confesado como Señor y Dios, y no han conocido a 76 ningún otro. Y así, con las palabras mismas de los apóstoles y de sus discípulos se ha manifestado su pensamiento sobre Dios.

SEGUNDA PARTE

Un solo Cristo, Hijo de Dios, se hizo hijo del hombre, para recapitular en si su propia Creación

4. El Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre. **Las doctrinas gnósticas rechazan la realidad de la Encarnación.**

16.1. Mas como hay quienes dicen que Jesús fue recipiente de Cristo, sobre el que Cristo descendió como una paloma, y después de haber revelado al inefable Padre, regresó de manera incomprensible e invisible al Pleroma; y que no sólo no ha podido ser asido por los hombres, sino tampoco, ni por las potestades ni virtudes que están en el cielo; y que realmente Jesús es el Hijo, pero su Padre es Cristo, y el Padre de Cristo es Dios. En cambio otros dicen que Cristo padeció sólo aparentemente siendo por naturaleza totalmente impasible. En cuanto a los discípulos de Valentín dicen: Que el Jesús de la «economía» no ha hecho otra cosa que «pasar por María», sobre la cual descendió el Salvador de arriba, al que se le llama también Cristo, porque posee los nombres de todos los que le han emitido; éste ha hecho participar a «Jesús de la economía» de su poder y su nombre, para que, de una parte, la muerte fuera destruida por Él, y, por otra, para que el Padre fuera conocido por intermedio de este «Salvador», que descendió de lo alto, el cual es el receptáculo de Cristo y de todo el «Pleroma». Ellos confiesan así de boca a 20 un solo Cristo Jesús, pero en su pensamiento lo dividen; porque ésta es su norma, como lo hemos manifestado: uno es el «Cristo» emitido por el Unigénito para la reparación del «Pleroma», otro el Salvador que fue emitido para la glorificación del «Padre», y otro, en fin, el «Jesús de la

economía» del que dicen que padeció, mientras volvía al Pleroma el «Salvador llevando consigo a Cristo». Nos es 28 preciso emplear la doctrina de los apóstoles acerca de Nuestro Señor Jesu-Cristo, y mostrar que ellos no sólo no pensaron tales cosas de Él sino que hicieron ver de antemano, por medio del Espíritu Santo, a los que enseñaban 32 tales falsedades, que estaban sometidos por Satanás para corromper la fe de algunos y apartarlos de la vida.

Testimonio de Juan y de Mateo

16.2. Hemos demostrado suficientemente por las palabras mismas de Juan que él ha conocido a un solo y 36 mismo Verbo de Dios, que es el Unigénito (a), y que éste es Jesu-Cristo nuestro Señor que se encarnó (b) por nuestra salvación.

Mas Mateo, conociendo también a un solo y mismo 40 Cristo Jesús, queriendo narrar su generación humana de una Virgen —esta generación que responde a la promesa hecha por Dios a David de suscitar del fruto de su seno «un Rey eterno» (c); así como a una promesa idéntica 44 hecha mucho tiempo antes a Abraham— dice: «Libro de la generación de Jesu-Cristo, hijo de David, hijo de Abraham» (d). Después, para liberar nuestros espíritus de toda sospecha con respecto a José, dice: «Ahora bien, el nacimiento de Cristo ocurrió de la siguiente manera: Es- 48 tando desposada María su madre con José, antes de que convivieran, se encontró encinta por virtud del Espíritu Santo» (e). Después, como José pensaba repudiar a María porque estaba embarazada (f), un ángel de Dios se le presentó diciendo: «No temas recibir contigo a María, tu

16.2. (a) Jn. 1,14-18.

16.2. (b) Jn. 1,14.

16.2. (c) Ps. 131,11.

16.2. (d) Mat. 1,1.

16.2. (e) Mat. 1,18.

16.2. (f) Mat. 1,19.

52 mujer, porque su concepción es del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús; porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para
 56 que se cumpliese lo que el Señor había dicho por medio del profeta: “He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros”» (g). Estos textos indican claramente que se cumplió la promesa hecha a los padres: que
 60 de una Virgen nacería el Hijo de Dios y que Éste mismo sería el Cristo Salvador, que fue anunciado por los profetas. Lo cual contradice la distinción que hacen los herejes entre un Jesús nacido de María y un Cristo que descendió
 64 de regiones superiores. Por lo demás hubiera podido decir Mateo: «El nacimiento de Jesús fue así»; mas el Espíritu Santo que veía de antemano a estos malvados y nos quería poner en guardia contra sus engaños nos dice por medio de él: «El nacimiento de Cristo fue así»; y como éste era el Emmanuel, para que no pensáramos que era solamente hombre —porque ni por la voluntad de la carne, ni por la voluntad del hombre, sino por la voluntad de Dios «el
 72 Verbo se hizo carne» (h)— ni pensáramos que uno es Jesús, y otro el Cristo, sino para que supiéramos que es un solo y mismo Cristo.

Testimonio de Pablo

16.3. De esta misma manera lo interpreta Pablo cuando escribe a los Romanos: «Pablo, apóstol de Jesu-Cristo, elegido para predicar el Evangelio de Dios, que por sus
 76 profetas había prometido antes de las Escrituras Santas acerca de su Hijo, el nacido de la estirpe de David, según la carne, el constituido Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de santidad, desde la resurrección de los muertos,

16.2. (g) Mat. 1,20-23; Is. 7,14.

16.2. (h) 1,13-14.

80 Jesu-Cristo nuestro Señor» (a); en esta misma carta a los Romanos dice también a propósito de Israel: «De quienes son también los patriarcas, y de los que procede en cuanto a la carne Cristo, el que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (b). Y dice también en la

84 carta a los Gálatas: «Mas cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (c). Estos textos manifiestan con evidencia, de una parte a un

88 solo Dios, que por medio de los profetas ha hecho la promesa tocante a su Hijo, y por otra a un solo Jesu-Cristo nuestro Señor, nacido de la estirpe de David, según aquel nacimiento que le viene de María, y constituido Hijo de

92 Dios —Jesu-Cristo— en el poder según el Espíritu de santidad a causa de su resurrección de entre los muertos para ser el primogénito entre los mortales (d), como era ya primogénito de toda la creación (e), el Hijo de Dios

96 hecho Hijo del hombre, a fin de que recibamos por su medio la adopción de hijos, llevando, asiendo y abrazando el hombre al Hijo de Dios.

Testimonio de Marcos y Lucas

Por esta razón dice también Marcos: «Principio del Evangelio de Jesu-Cristo, Hijo de Dios según está escrito en los profetas» (f). Por consiguiente no conoce él más que a un solo y mismo Hijo de Dios Jesu-Cristo que fue anunciado por los profetas: Es éste el fruto del seno (g) de David, el Emmanuel (h), el mensajero del gran designio

100 104 del Padre (i). Éste es aquél en cuya persona ha hecho Dios

16.3. (a) Rom. 1,1-4.

16.3. (f) Marc. 1,1-2.

16.3. (b) Rom. 9,5.

16.3. (g) Ps. 131,11.

16.3. (c) Gál. 4,4-5.

16.3. (h) Is. 7,14.

16.3. (d) Col. 1,18.

16.3. (i) Is. 9,5.

16.3. (e) Col. 1,15.

levantarse «sobre la casa de David» el Sol naciente (k) y el vástago justo, y ha erigido para ella a un poderoso salvador (m); y como lo dice David, explicando los motivos de su nacimiento, «ha suscitado un testimonio en Jacob y 108 ha establecido una ley en Israel, para que sepa la generación siguiente, es decir los hijos que van a nacer de ellos, y que a su vez vayan éstos y se lo cuenten a sus hijos, para que pongan en Dios su confianza y observen sus mandatos (n). De la misma manera, cuando el ángel anuncia la buena nueva a María, le dice: «Será grande y llamado Hijo 112 del Altísimo, el Señor le dará el trono de David su padre» (o). El ángel proclama con ello que el mismo que es Hijo del Altísimo es también Hijo de David. Por otra parte David mismo, conociendo por medio de Espíritu la «economía» 116 de su venida, por la que reina sobre los vivos y los muertos (p) le proclama: el Señor que está sentado a la derecha del Altísimo Padre (q).

16.4. Y Simeón «que había recibido del Espíritu Santo la revelación de que no vería la muerte antes de haber visto 120 a Cristo» (a), cuando recibió en sus brazos a Jesús, primogénito de la Virgen (b), bendijo a Dios y dijo: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo ir en paz según tu palabra, 124 porque mis ojos han visto tu Salvación, que tú has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (c). Confesaba con ello que el niño que llevaba en brazos, es decir, Jesús nacido de María, era Cristo en persona, Hijo de Dios, Luz de los hombres y Gloria de Israel. Paz y Refrigerio de los que se habían dormido. Porque este niño despojaba ya a los hombres, quitándoles su ignorancia y, otorgándoles en cambio 132 el conocimiento de Él, hacia el «botín» de los que le cono-

16.3. (j) Luc. 1,69; Is. 7,13.

16.3. (p) Rom. 14,9.

16.3. (k) Luc. 1,78; Zac. 3,8; 6,12.

16.3. (q) Ps. 109,1.

16.3. (l) Jer. 23,5.

16.4. (a) Luc. 2,26.

16.3. (m) Luc. 1,69; Ps. 17,3; 131,17.

16.4. (b) Luc. 2,7.

16.3. (n) Ps. 77,5-7.

16.4. (c) Luc. 2,28-32.

16.3. (o) Luc. 1,32.

cían, según esta palabra de Isaías: «Ponle, dice, su nombre: Despoja con prontitud. Apodérate del botín rápidamente» (d). Ahora bien, éstas son precisamente las obras de Cristo. Por 136 consiguiente éste era Cristo en persona: a quien llevaba Simeón cuando bendecía al Altísimo (e), a quien cuando le vieron los pastores, glorificaban a Dios (f). A quien Juan, cuando estaba aún en el vientre de su madre y Jesús en el seno de María, reconociendo como su Señor saludaba sal- 140 tando de alegría (g). A quien los Magos, después de haberle visto y adorado y ofrecido los presentes mencionados anteriormente y después de haberse prosternado a los pies del Rey eterno, le abandonaron retirándose por otro camino (h) y no volviendo ya por el camino de los asirios. Porque antes 144 de que el niño supiera decir «papá y mamá» recibiría el poder de Damasco y los despojos de Samaria ante el rey de Asiria (i). Haciendo ver de manera oculta, pero poderosa, que el Señor con mano secreta triunfaba de Amalec (j). Por 148 esto arrebataba también los niños que estaban en la casa de David, que habían tenido la suerte feliz de nacer en ese momento, a fin de mandarlos delante de él a su reino (k). Sien- 152 do él pequeño se preparaba testigos entre los más peque- ños de entre los hombres, enviados a la muerte, como lo ates- tiguan las Escrituras por causa de Cristo que nació en Belén de Judá (l), en la ciudad de David (m).

16.5. Por lo que también el Señor decía a sus discípulos después de su resurrección: «¡Oh necios y tardos de 156 corazón para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que Cristo sufriera todo eso para entrar en su gloria?» (a). Y les dijo también: «Os he dicho estas cosas estando todavía con vosotros porque era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito acerca de mí en la ley

16.4. (d) Is. 8,3.

16.4. (e) Luc. 2,28.

16.4. (f) Luc. 2,20.

16.4. (g) Luc. 1,41.

16.4. (h) Mat. 2,11-12.

16.4. (i) Is. 8,41.

16.4. (j) Ex. 17,16.

16.4. (k) Mat. 2,16.

16.4. (l) Mat. 2,4-5.

16.4. (m) Luc. 2,11.

16.5. (a) 24,25-26.

160 de Moisés, en los Profetas y en los Salmos» (b). Entonces les abrió su inteligencia para que entendieran las Escrituras, y les dijo: «Así estaba escrito que el Cristo sufriría y resucitaría de entre los muertos, y se predicaría en su

164 nombre la remisión de los pecados a todas las naciones» (c). Ahora bien es éste el Cristo que nació de María. «Porque es necesario, decía, que el Hijo del hombre sufra mucho, sea rechazado, sea crucificado y resucite al tercer día» (d). Por tanto el Evangelio no conoce a ningún Hijo

168 del hombre más que a aquél que nació de María y que sufrió la Pasión; no conoce tampoco a ningún Cristo, separándose volando de Jesús antes de su Pasión, sino que reconoce en aquel Jesu-Cristo que nació de María al Hijo de Dios, que fue el mismo que, después de haber sufrido la Pasión, resucitó.

Continúa el testimonio de Juan

172 Es esto exactamente lo que afirma Juan, discípulo del Señor, cuando dice: «Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida eterna en su nombre» (e). Juan veía

176 de antemano las teorías blasfemas de estos herejes, que dividen, en cuanto está de su parte, al Señor diciendo estar hecho, ya de una sustancia ya de otra. Precisamente por ello nos ha dado también en su carta el siguiente testimonio: «Hijitos, es la última hora, y, como habéis oído

180 que viene el Anticristo, han surgido ya ahora muchos anticristos: por eso sabemos que es la última hora. Han surgido de entre nosotros, pero no eran de los nuestros; porque si hubieran sido de los nuestros, hubieran permanecido con nosotros; pero (ha sucedido esto) para que se manifestara que todos éstos no eran de los nuestros. Co-

184

16.5. (b) Luc. 24,44.

16.5. (c) Luc. 24,45-47.

16.5. (d) Mat. 16,21; Mar. 8,31; Luc. 9,22.

16.5. (e) Jn. 20,31.

noced por tanto que toda mentira es extraña y no procede de la verdad. Y ¿quién es el mentiroso, sino el que niega 188 que Jesús es el Cristo? He aquí el anticristo» (f).

16.6. Ahora bien, todos aquéllos, de los que hemos hablado, aun cuando confiesan con la boca a un solo Jesu-192 Cristo, se burlan de sí mismos, pensando una cosa y diciendo otra. Porque sus razonamientos, aunque de diversas maneras, tal como hemos mostrado, proclaman que uno es el que ha nacido y padecido, o sea Jesús, y otro el que ha descendido a Él y subido de nuevo, es decir Cristo; el 196 primero es: aquél que depende del «Demiurgo»; o sea el «Jesús de la economía», o también el que nació de José, y es, según su razonamiento, capaz de sufrir; en cuanto al 200 segundo: descendió de «regiones invisibles e indecibles», y es, según ellos, invisible, inasible e impasible. Así se alejan de la verdad, porque su pensamiento se aparta del verdadero Dios. Ignoran en efecto, que el Verbo de Dios (a), su Unigénito (b), que en todo tiempo está presente al 204 género humano (c), se ha unido y mezclado por deseo del Padre con su propia obra modelada por Él, y se ha hecho carne (d). Éste es Jesu-Cristo Nuestro Señor, que padeció por nosotros, que resucitó por nosotros, y que vendrá en 208 la gloria del Padre para resucitar y aplicar la norma del justo juicio a todos aquéllos que tendrán que soportar su poder. Por tanto no hay más que un solo Dios Padre, como 212 lo hemos manifestado, y un solo Cristo Jesús Señor Nuestro, que ha venido por medio de toda «economía» y que ha recapitulado en Sí «todas las cosas» (e). En esto de «todas las cosas» queda comprendido también el hombre, esta obra modelada por Dios, y así ha recapitulado tam-216 bién en Sí al hombre; de invisible haciéndose visible, de

16.5. (f) I Jn. 2,18-19.21-22.

16.6. (a) Jn. 1,1-3.

16.6. (b) Jn. 1,18.

16.6. (c) Jn. 1,10.

16.6. (d) Jn. 1,14.

16.6. (e) Ef. 1,10.

inasible asible, de impasible pasible y de Verbo hombre. Él ha recapitulado en Sí todas las cosas de tal manera que así como tiene, como Verbo de Dios, la preeminencia sobre

220 los seres supracestos, espirituales e invisibles, tenga también la supremacía sobre los seres visibles y corporales (f) y para que, asumiendo en Sí esta preeminencia y poniéndose como cabeza de la Iglesia (g), pueda atraer a Sí (h) todas las cosas en el momento adecuado.

224 16.7. Porque no hay nada desordenado ni importuno ante Él, como tampoco hay nada incongruente ante el Padre. Todo es conocido de antemano por el Padre y realizado por el Hijo de manera ordenada a su debido tiempo.

228 Por eso cuando María tenía prisa por ver el milagro del vino y quería participar antes de tiempo en el «Cáliz de bendición» (a), el Señor, rechazando su inoportuna prisa, le dijo: «¿Qué nos va a ti y a mí, mujer? Aún no ha

232 llegado mi hora» (b), esperando aquella hora conocida de antemano por el Padre. Por eso, cuando los hombres quisieron muchas veces apoderarse de Él, nadie, dice, se atrevió a echarle mano, porque aún no había llegado la hora

236 (c) en que debía ser detenido, ni el tiempo de la Pasión, conocido de antemano por el Padre, como lo dice el profeta Habacuc: «Cuando lleguen los años serás reconocido; te mostrarás cuando llegue el tiempo; cuando mi alma sea turbada por la cólera, tú te acordarás de tu misericordia» (d). Pablo dice también por su parte: «Mas cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo» (e). Por lo que es cosa evidente que todo lo que había sido

244 conocido de antemano por el Padre, lo ha realizado Nuestro Señor según el orden, tiempo y hora adecuada y conocida de antemano. Es único y Él mismo siendo rico y múltiple. Porque se entregó a la rica y múltiple voluntad del Padre, siendo Salvador de los que se salvan y Señor

16.6. (f) Col. 1,18.

16.6. (g) Ef. 1,22.

16.6. (h) Jn. 12,32.

16.7. (a) I Cor. 10,16-17.

16.7. (b) Jn. 2,4.

16.7. (c) Jn. 7,30.

16.7. (d) Habac. 3,2.

16.7. (e) Gál. 4,4.

de los que están bajo su poder y Dios de las cosas que fueron creadas e Hijo único del Padre, el Cristo que fue anunciado de antemano y el Verbo de Dios que se encar-
252 nó cuando llegó la plenitud de los tiempos en que era pre-
ciso que el Hijo de Dios se hiciera Hijo del hombre.

16.8. Por tanto están fuera de la «economía» todos aquellos que, bajo el pretexto de «gnosis» llegan a pensar
256 que uno es «Jesús», otro el «Cristo», otro el «Unigénito», otro el «Logos» y otro diferente el «Salvador» del que llegan a decir que es una emisión de *Eones* en decadencia, éstos que son discípulos del error; quienes aparecen por
260 fuera como ovejas, por la semejanza que tienen con nosotros en su lenguaje exterior, que dice las mismas cosas que nosotros, y sin embargo son lobos por dentro (a). Su doctrina es homicida porque inventa pluralidad de dioses e imagina una multitud de Padres y por otra parte hace pe-
264 dazos y divide de muchas maneras al Hijo de Dios.

Que nos guardemos de estas gentes nos ha dicho el Señor (b), y su discípulo Juan, en su carta citada ya, nos ha prescrito evitarlos diciendo: «Han irrumpido en el
268 mundo muchos seductores, que no confiesan a Jesús como el Cristo venido en carne. He aquí el seductor y anticristo. Velad sobre vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestros trabajos» (c). Y dice también en su carta: «Mu-
chos falsos profetas han venido en este siglo. En esto re-
272 conoceréis al Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesús como Cristo, venido en carne, es de Dios y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios, sino del Anticristo» (d). Estas palabras son semejantes a lo que él dice en su Evangelio, a saber: «El Verbo se hizo carne y
276 habitó entre nosotros» (e). Por lo que proclama también en su carta: «El que cree que Jesús es el Cristo nacido de

16.8. (a) Mat. 7,15.

16.8. (b) Mat. 7,15.

16.8. (c) II Jn. 7,8.

16.8. (d) I Jn. 4,1-3.

16.8. (e) Jn. 1,14.

280 Dios» (f), no conoce más que a un solo y mismo Jesu-Cristo para el que se han abierto las puertas del cielo (g) a causa de su ascensión en carne, y el cual, en la misma carne en que ha padecido, vendrá a revelarnos la gloria de su Padre (h).

Continúa con el testimonio de Pablo

284 16.9. De acuerdo con esta doctrina, Pablo se expresa así dirigiéndose a los Romanos: «Mucho más los que reciben la sobreabundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por medio de un solo Jesu-Cristo. (a) Ignora por tanto a aquel Cristo que salió volando de Jesús y des-
 288 conoce también a aquel Salvador de arriba, del que dicen ser impasible. Porque si uno padeció y el otro permaneció impasible, y si el uno nació mientras que el otro descendió sobre el primero para abandonarle después, se nos presen-
 292 tan dos individuos en vez de uno. Que el apóstol no conoce más que a un solo Cristo Jesús, que nació y sufrió, nos lo dice también en la misma carta: «¿Ignoráis acaso que cuan-
 296 tos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos, así también caminemos nosotros en nueva vida?» (b). De la misma manera, queriendo indicar que Cristo padeció y es el Hijo de Dios en persona, que murió por noso-
 300 tros y nos redimió con su sangre en un tiempo prefijado, dice: «¿Por qué Cristo cuando éramos aún débiles, en el tiempo ya establecido, murió por los impíos? Dios mostró su amor para con nosotros en que siendo aún pecadores murió Cristo por nosotros. Con mucha más razón, justificados ahora por su sangre, seremos salvados de la ira por Él. Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados por Dios por medio

16.8. (f) I Jn. 5,1.

16.8. (g) Ps. 23,7-9.

16.8. (h) 16,27.

16.9. (a) Rom. 5,17.

16.9. (b) Rom. 6,3-4.

308 de la muerte de su Hijo, mucho más, una vez reconciliados, seremos salvos en su vida» (c). Con toda evidencia declara Pablo que el mismo que fue prendido y padeció y derramó su sangre por nosotros es el Cristo, el Hijo de Dios que resucitó también y subió a los cielos. Como dice Pablo mismo 312 todo a la vez: «Cristo murió, resucitó también y está a la diestra de Dios» (d); y en otra parte: «Sabiendo que Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere» (e). Y pre- 316 viendo también él por medio del Espíritu las divisiones que iban a hacer los malvados maestros y queriendo apartar de ellos toda ocasión de disensión, dice las palabras que aca- 320 ban de ser citadas: «Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará vuestros cuer- 324 pos mortales» (f). No necesita gritar a los que quieren oírle: «Porque no os dejéis engañar» (g), dice, «uno solo y el mismo es Jesu-Cristo, Hijo de Dios, que nos reconcilió con 328 Dios por medio de su Pasión y resucitó de entre los muertos, el cual está sentado a la diestra del Padre. Y es perfecto en todo: golpeado no devolvía los golpes; siendo maltrata- 328 do no profería amenazas» (h), «y, soportando a un tirano, suplicaba a su Padre que perdonara (i) a los que le crucifi- caban». Porque éste es el que verdaderamente nos ha salva- 328 do, el Verbo de Dios, el Unigénito nacido del Padre, Cristo Jesús, Señor Nuestro.

Bajada del Espíritu Santo sobre el Hijo de Dios hecho hombre

17.1. Los apóstoles hubieran podido decir en efecto que Cristo descendió sobre «Jesús», o el Salvador de arriba sobre el «Jesús de la economía», o aquél que proviene de regiones invisibles sobre aquél que manifiesta ser del

16.9. (c) Rom. 5,6.8-10.

16.9. (g) I Cor. 15,33.

16.9. (d) Rom. 8,34.

16.9. (h) I Ped. 2,23.

16.9. (e) Rom. 8,11.

16.9. (i) Luc. 23,34.

16.9. (f) Rom. 8,11.

Demiurgo. Mas ellos ni supieron ni dijeron nada semejante: porque si hubieran sabido, hubieran dicho sin ninguna duda. Dijeron en cambio lo que realmente sucedió, a saber: que el Espíritu de Dios descendió sobre Él como una paloma (a). Éste es el Espíritu del que dijo Isaías: «Reposará sobre Él el Espíritu de Dios» (b), como hemos explicado ya. Y también: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido» (c), éste es el Espíritu del que dice el Señor; «Porque no sois vosotros los que habláis, es el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros» (d).

12 De la misma manera, cuando daba a sus discípulos el poder de hacer renacer a los hombres en Dios, les decía: «Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (e). Porque prometió por medio de los profetas derramar este Espíritu en los últimos tiempos sobre sus siervos y siervas para que profetizasen (f). Y por esto este Espíritu descendió sobre el Hijo de Dios hecho hijo del hombre: Con Él se acostumbraba el Espíritu a habitar en el género humano, a reposar (g) sobre los hombres, a residir en la obra modelada por Dios; realizaba en ellos la voluntad del Padre y los hacía nuevos haciéndoles pasar del hombre viejo al nuevo de Cristo.

17.2. David pidió este Espíritu para el género humano diciendo: «Afianza en mí un generoso espíritu» (a). De este Espíritu dice Lucas que descendió, después de la Ascension del Señor, sobre los discípulos el día de Pentecostés, con poder sobre las naciones para introducirlas en la vida y abrirles el Nuevo Testamento. Por lo que en todas las lenguas, animadas del mismo sentimiento, celebraban los discípulos las alabanzas de Dios, en tanto que el Espíritu

17.1. (a) Mat. 3,16; Marc.

1,10; Luc. 3,22; Jn. 1,32.

17.1. (b) Is. 11,2.

17.1. (c) Is. 61,1.

17.1. (d) Mat. 10,20.

17.1. (e) Mat. 28,19.

17.1. (f) Joel 3,1-2; Hech. 2,17-18.

17.1. (g) Is. 11,2; Ped. 4,14.

17.2. (a) Ps. 50,14.

17.2. (b) Hech. 2,1-4.

reducía a unidad a las tribus lejanas y ofrecía al Padre las
32 primicias de todas las naciones (c). Por eso también el Señor había prometido enviarnos al Paráclito (d), para que nos asemejara a Dios. Porque de la misma manera que de la harina seca no puede, sin agua, hacerse una masa única ni un pan único, así tampoco nosotros siendo muchos
36 podíamos unificarnos en Cristo Jesús (e) sin el agua del cielo. Y así como la tierra seca, si no recibe agua, no da fruto, así también nosotros, que éramos primero leña seca (f), no hubiéramos podido nunca dar frutos de vida sin la lluvia generosa venida de arriba (g). Porque nuestros cuer-
40 pos por medio del agua del bautismo (h) recibieron una unidad propia para la incorrupción, en tanto que nuestras almas recibieron también su unidad por medio del Espíri-
tu (i). Por eso son necesarias ambas cosas, agua y Espíri-
tu, porque las dos contribuyen a dar la vida de Dios. Así
44 Nuestro Señor se compadece de la Samaritana infiel (j) que no ha quedado satisfecha con la posesión de un solo ma-
rido, sino que ha fornicado con muchas nupcias; y le manifiesta y promete una agua viva (k), para que no tenga más sed en lo sucesivo, ni tenga que emplearse en mojar-
48 se con una agua dificultosamente adquirida porque tendrá ya en sí un manantial que salte hasta la vida eterna (l). Esta bebida la ha recibido el Señor como don (m) de su Padre y la ha donado también Él a los que participan de ella, cuando envía el Espíritu Santo a toda la tierra.

17.2. (c) Hech. 2,5-12.

17.2. (d) Jn. 15,26.

17.2. (e) Rom. 12,5; I Cor. 10,17; Gál. 3,28.

17.2. (f) Luc. 23,31.

17.2. (g) Ps. 67,10.

17.2. (h) Ef. 5,26; Tit. 3,5.

17.2. (i) Jn. 3,5.

17.2. (j) Jer. 3,7-8.10-11.

17.2. (k) Jn. 4,10.

17.2. (l) Juec. 4,14.

17.2. (m) Jn. 4,10.

17.3. Previendo la gracia de este don aquel israelita Ge-
52 deón, que fue elegido por Dios para librar al pueblo de
Israel del dominio de los extranjeros, cambió la petición
(a). Y profetizó que sobre el vellón de lana, que solamen-
te había recibido en primer lugar el rocío, y que era la
56 figura del pueblo de Israel, vendría la sequía, es decir que
este pueblo no recibiría más de Dios al Espíritu Santo,
según lo que dice Isaías: «Y mandaré a las nubes que no
dejen caer más lluvia sobre ella (b), mientras que sobre
toda la tierra se derramaría el rocío, que es el Espíritu de
Dios. Éste es precisamente el Espíritu que descendió so-
60 bre el Señor: Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu
de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad,
Espíritu de temor de Dios» (c). Éste es el mismo Espíritu
que el Señor en su día ha donado a la Iglesia, enviando
desde los cielos al Paráclito (d) sobre la tierra, a la que
64 había sido precipitado el diablo como un rayo, según la
palabra del Señor (e). Por eso nos es necesario este rocío
de Dios, para que no seamos abrasados, ni nos volvamos
estériles, y para que allí donde tengamos un acusador (f)
tengamos también un Abogado Defensor. Porque el Señor
68 ha confiado al Espíritu Santo, como un bien de su propie-
dad, el cuidado del hombre, que había caído en manos de
ladrones, y del que se había compadecido y cuyas heridas
ha vendado él mismo, dando dos denarios reales (g), a fin
de que, después de haber recibido la imagen y la inscrip-
ción (h) del Padre y del Hijo, hagamos producir intereses

17.3. (a) Juec. 6,36-40.

17.3. (b) Is. 5,6.

17.3. (c) Is. 11,2-3.

17.3. (d) Jn. 15,26.

17.3. (e) Luc. 10,18; Ap. 12,9.

17.3. (f) Ap. 12,10.

17.3. (g) Luc. 10,30-35.

17.3. (h) Mat. 22,10; Marc. 12,16; Luc. 20,24.

72 al denario que nos ha confiado, pasando así multiplicado a la cuenta del Señor (i).

17.4. Por consiguiente es éste el Espíritu que ha descendido a causa de la «economía» que acabamos de nombrar; y en cuanto al Hijo Único del Dios, que es también el Verbo del Padre, cuando ha llegado la plenitud de los tiempos, ha encarnado en el hombre a causa del hombre, y ha realizado toda «economía» humana, siendo Jesu-Cristo Nuestro Señor uno solo y el mismo. He aquí lo que el Señor mismo atestigua, lo que los apóstoles confiesan y lo que los profetas proclaman. Aparecen falsas todas las enseñanzas de los que han inventado las «ogdóadas, las tétradas y las décadas» y de los que se han imaginado divisiones y subdivisiones; porque, por una parte, eliminan el «Espíritu», y por otra estiman que uno es el «Cristo» y otro «Jesús», y enseñan que existieron no un solo Cristo sino muchos; y si alguien dijere que éstos están unidos, manifiestan también que el uno ha participado de la Pasión, en tanto que el otro se ha mantenido impasible; y que el uno ha subido al Pleroma mientras que el otro ha quedado en el «Intermedio»; y que el uno está banqueteando y refociándose en regiones invisibles e innombrables, mientras que el otro se coloca al lado del «Demiurgo» para despojarle de su poder.

Por lo que será preciso que tú mismo, así como todos los que leen esta Escritura y se preocupan por su salvación, desde el momento que oigáis el sonido exterior de sus palabras, no os sometáis espontáneamente a sus normas. Porque tienen con los fieles un lenguaje parecido al nuestro, tal como lo hemos indicado ya, pero que contienen no sólo ideas diferentes, sino contrarias a las nuestras y repletas de blasfemias, por medio de las cuales matan a los que por la semejanza de las palabras se atraen el veneno diferente de su disposición interior. Como aquél que ofreciendo en vez de leche yeso mezclado con agua enga-

ña por la semejanza del color. O como decía aquel hombre superior a nosotros, a propósito de todas las cosas que de alguna manera corrompen las cosas divinas y adulteran 104 la verdad: «Se mezcla mal el yeso con la leche de Dios».

Continúa el testimonio de Pablo

18.1. Se ha manifestado claramente que el Verbo, que en el principio existía con Dios (a), y por medio del cual fueron hechas todas las cosas (b), y el cual estaba, en poco 4 tiempo, presente al género humano (c), este mismo Verbo en los últimos tiempos, en el momento fijado por el Padre, se ha unido a su propia obra modelada por Él y se ha hecho hombre pasible (d). Se ha refutado de esta manera la objeción de los que dicen: Si Cristo nació en aquel momento, quiere decir esto que no existía antes. Nosotros 8 hemos demostrado en efecto que el Hijo de Dios no comenzó a existir en aquel momento, sino que existe desde siempre con el Padre; mas cuando se encarnó y se hizo hombre recapituló en sí la larga historia de los hombres y nos proporcionó la salvación con brevedad, para que lo que 12 habíamos perdido en Adán, es decir el ser imagen y semejanza de Dios (e), lo recuperáramos en Cristo Jesús.

18.2. Mas como no era posible que el hombre, una vez vencido y hecho pedazos por la desobediencia, fuera mo- 16 delado de nuevo y obtuviera el premio de la victoria, y como era imposible también que recibiera la salvación el que había caído bajo el poder del pecado, realizó ambas cosas el Hijo de Dios; el que era el Verbo de Dios descen- 20 dió de junto al Padre y se encarnó y se rebajó hasta la muerte (a) y dio cumplimiento a la «economía» de nues-

18.1. (a) Jn. 1,2.

18.1. (b) Jn 1,3.

18.1. (c) Jn. 1,10.

18.1. (d) Jn. 1,14.

18.1. (e) Gén. 1,26.

18.2. (a) Filip. 2,8.

tra salvación. Y exhortándonos a creer en Él sin ninguna vacilación, dice también Pablo: «No digas en tu corazón: 24 ¿Quién subirá al cielo?, esto es para hacer bajar a Cristo; o ¿quién descenderá al abismo?, esto es para hacer subir a Cristo de entre los muertos» (b); y añade: «Porque si confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en 28 tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo» (c). Y dio la razón por la que el Verbo de Dios hizo esto diciendo: «Porque por esto vivió, murió y resucitó Cristo, para reinar sobre muertos y vivos» (d). Y dice también escribiendo a los Corintios: «Pero nosotros predica- 32 mos a Jesu-Cristo crucificado» (e), y añade: «El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es comunión con la sangre de Cristo?» (f).

18.3. Luego, ¿quién es el que nos hace participar de 36 sus alimentos? ¿Acaso aquel Cristo de arriba inventado por ellos que está extendido sobre el *Horo* y ha formado a su Madre? ¿O más bien el Emmanuel que nació de la Virgen que se alimentó de manteca y miel (a) y del que dijo el 40 profeta: «Y si es hombre, ¿quién le conocerá a fondo?» (b).

Esto mismo era anunciado por Pablo: «Desde luego, dice, os transmití en primer lugar: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado 44 y resucitó al tercer día según, también, las mismas Escrituras» (c). Es evidente, por tanto, que Pablo no conoce a otro Cristo diferente de aquél que padeció, fue sepultado y resucitó; que nació también y se le llamó hombre. Porque, después de haber dicho: «Porque si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos» (d); añadió dando la razón de su Encarnación: «Porque como un

18.2. (b) Rom. 10,6-7.

18.2. (c) Rom. 10,9.

18.2. (d) Rom. 14,9.

18.2. (e) I Cor. 1,23.

18.2. (f) I Cor. 10,16.

18.3. (a) Is. 7,14-15.

18.3. (b) Jer. 17,9.

18.3. (c) I Cor. 15,2-4.

18.3. (d) I Cor. 15,12.

hombre vino la muerte, así por un hombre la resurrección
52 de los muertos» (e). Y en todas partes, al referirse a la
Pasión de Nuestro Señor, emplea Pablo el nombre de Cristo
ya en su humanidad, ya en su muerte. Así, por ejemplo:
«No pierdas por tu comida a aquél por quien murió Cristo» (f); y en otra ocasión: «Mas ahora en Cristo vosotros,
56 que en un tiempo estuvisteis lejos, habéis sido acercados
por la sangre de Cristo» (g). Y también: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley haciéndose maldito por no-
sotros, porque está escrito: “Es maldito todo el que está
suspendido de un madero”» (h). Y en otra parte: «Y se
60 perderá por tu ciencia el débil; el hermano por quien Cristo
murió» (i). Estos textos manifiestan suficientemente que
jamás un «Cristo» impasible descendió sobre Jesús, sino
64 que Jesús, que era el mismo Cristo en persona padeció por
nosotros, murió y resucitó (j), descendió y ascendió (k), y
fue el Hijo de Dios hecho hijo del hombre, tal como el
mismo nombre lo da a entender: Porque con el nombre de
«Cristo» se sobreentiende aquél que ungido, fue ungido y
68 la unción misma con que fue ungido: el que ungido es el
Padre, el ungido el Hijo, y la unción misma está en el
Espíritu Santo. Como dice el Verbo por boca de Isaías:
«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungido»
(l), indicando a la vez al Padre que unge, al Hijo que es
72 ungido y al Espíritu que es la unción.

Testimonio de Cristo

18.4. Por lo demás, el Señor mismo puso de manifies-

18.3. (e) I Cor. 15,21.

18.3. (f) Rom. 14, 15.

18.3. (g) Ef- 2,13.

18.2. (h) Gál. 2,13; Deut. 21,23.

18.3. (i) I Cor. 8,11.

18.3. (j) Ps. 3,6.

18.3. (k) Ef. 4,10.

18.3. (l) Is. 61,1; Luc. 9,22.

to quién fue el que padeció. Porque habiendo preguntado a sus discípulos: «¿quién dicen que es el Hijo del hombre?» (a). Y habiéndole contestado Pedro: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo» (b), y habiendo sido Pedro alabado por ello «porque no han sido la carne y la sangre los que te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos» (c), puso de manifiesto que el Hijo del hombre es 76 el Cristo, el Hijo de Dios vivo. «Ahora bien, dice, desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que Él debía ir a Jerusalén y padecer mucho de parte de los ancianos, ser rechazado y crucificado y resucitar al tercer día» (d). Así aquel mismo que había sido reconocido por Pedro como el Cristo, que había llamado bienaventurado a Pedro, porque el Padre le había revelado como Hijo de Dios vivo, decía que era preciso que Él padeciera mucho y fuera crucificado. Fue entonces cuando reprendió a Pedro, porque tenía éste la misma idea que los hombres se hacían 80 de Cristo y rechazaba su Pasión (e). Y dijo a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la 84 encontrará» (f). He aquí lo que Cristo enseñaba abiertamente: Que sería Él el Salvador de los que por confesarle 88 fueran entregados a la muerte y perdieran sus vidas.

18.5. En cambio, si no fuera Él el que había de perecer, sino el que se había de escapar volando de Jesús, ¿por 96 qué exhortaba a sus discípulos a tomar su cruz y seguirle, cuando Él, según los herejes, no iba a llevar la Cruz, sino que iba a abandonar la «economía» de la Pasión? Mas como esto prueba que Cristo no hablaba del conocimiento 100 de una cruz de lo alto, tal como algunos se atreven a

18.4. (a) Mat. 16,13.

18.4. (b) Mat. 16,16.

18.4. (c) Mat. 16,17.

18.4. (d) Mat. 16,21; Marc. 8,31; Luc. 9,22.

18.4. (e) Mat. 16,22-23.

18.4. (f) Mat. 16,24-25; Marc. 8,34-35; Luc. 9,23-24.

manifestar, sino de la Pasión que debían de sufrir también, añadió: «El que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la encontrará» (a). Y como sus discípulos habían de padecer por su causa, decía a los judíos: «He aquí que os envío profetas, sabios y escribas: de ellos a unos mataréis a otros crucificaréis» (b). Y decía a sus discípulos: «Seréis conducidos por mi causa ante los gobernadores y reyes, y os azotarán y matarán y os perseguirán de ciudad en ciudad» (c). Conocía por tanto a los que habían de padecer persecución, y a los que habían de ser flagelados y muertos por su causa; y no hablaba de ninguna otra Cruz, sino de la Pasión que iba a sufrir primero Él, y después sus discípulos. Los alentaba con su palabra diciendo: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede perder el cuerpo y el alma en la gehenna» (d). Y los exhortaba a perseverar en la confesión de su persona. Porque prometía Él confesar delante de su Padre a los que confesaran su nombre delante de los hombres, y negar a los que le negaran, y avergonzarse de aquéllos que se avergonzaran de confesarle (e). A pesar de ello, es tan grande la temeridad de algunos que llegan a despreciar a los mártires y a censurar a los que dan la vida por confesar el nombre del Señor y soportar todo lo que ha sido predicho por el Señor y según esto se esfuerzan en seguir las huellas de la Pasión del Señor (f), siendo testigos de aquél que se hizo posible. Equiparamos éstos a los mártires: porque cuando se pidan cuentas de su sangre (g), después que ellos hayan alcanzado la gloria, serán entonces confundidos por Cristo todos aquéllos que menospreciaron su martirio.

18.5. (a) Mat. 16,25; Mat. 10,39.

18.5. (b) Mat. 23,24.

18.5. (c) Mat. 10,18; Marc. 13,9; Mat. 23,24.

18.5. (d) Mat. 10,28; Luc. 12,4-5,

18.5. (e) Mat. 10,32-33; Luc. 9,26.

18.5. (f) I Ped. 2,21.

18.5. (g) Luc. 11,50.

132 Igualmente estas palabras del Señor en la Cruz: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (h), revelan la longanimitad, la paciencia, la misericordia y la bondad de Cristo, puesto que manifiestan al mismo tiempo: que ha sufrido la Pasión y ha excusado a los que le maltrataban.

136 Porque estas palabras dichas por el Verbo de Dios: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os odian» (i), han sido puestas en práctica por Él sobre la cruz, amando al género humano de manera que rogaba incluso por aquéllos que le mataban. En cambio, si alguien admite la existencia de dos seres diferentes y establece un juicio sobre ellos, deberá constatar que aquél que en las heridas mismas, golpes y crueidades, cometidas contra Él, se muestra benévolo y se olvida del mal perpetrado contra él, es mucho mejor y más paciente y más realmente bueno, que aquél que se separó volando sin haber sufrido ninguna injusticia ni oprobio.

18.6. El mismo razonamiento vale también para los que dicen que no ha sufrido más que aparentemente. Porque si no ha sufrido realmente no se le debe ningún agradecimiento, ya que no ha existido la Pasión. Y, cuando nosotros comenzamos a padecer realmente, aparecerá Él como un impostor por exhortarnos a recibir golpes y a presentar la otra mejilla (a), si es que Él no ha padecido primero realmente; porque en ese caso, como Él ha engañado a los hombres, aparentando ser lo que no era, así nos engaña también a nosotros exhortándonos a soportar lo que Él no ha sufrido; y seremos superiores al Maestro (b) cuando padecemos y soportamos lo que no ha padecido ni soportado el Maestro. Mas, en realidad, como solamente Nuestro Señor es el verdadero Maestro, Él es realmente el buen Hijo de Dios o Verbo de Dios Padre, hecho Hijo del hom-

18.5. (h) Luc. 23,34.

18.5. (i) Mat. 5,44; Luc. 6,27-28.

18.6. (a) Luc. 6,29; Mat. 5,39.

18.6. (b) Mat. 10,24; Luc. 6,40.

bre, que ha soportado el sufrimiento. Porque Él ha luchado y vencido; por una parte era Él el hombre que combatía por sus padres y redimía su desobediencia por medio 160 de la obediencia; y por otra ha encadenado al fuerte (d) y ha liberado a los débiles y otorgado la salvación a la obra modelada por Él, destruyendo el pecado. Porque el Señor es compasivo y misericordioso (e) y ama al género humano (f).

Era preciso que el Hijo de Dios se hiciera verdadero hombre para poder salvar al hombre

164 18,7. Por consiguiente Él ha enlazado y unido, tal como lo hemos visto ya, al hombre con Dios. Porque si el hombre no hubiera vencido al enemigo del hombre, el enemigo no hubiera sido vencido con toda justicia. Y, por otra parte, si Dios no nos hubiera otorgado la salvación, no la 168 tendríamos de manera estable. Y si el hombre no hubiera sido unido con Dios, no hubiera podido participar en la incorruptibilidad. Porque era preciso que el «Mediador de Dios y los hombres» (a), por su parentesco con cada una de las dos partes, hiciera volver al uno y al otro a la amistad 172 y concordia, de suerte que Dios adoptara al hombre y el hombre se ofreciera a Dios. ¿Cómo si no hubiéramos podido participar de la filiación adoptiva (b) de Dios, si no hubiéramos recibido por medio del Hijo la unión con Dios y no hubiera entrado su Verbo en comunicación con 176 nosotros haciéndose carne? (c) Por eso ha pasado Él por todas las edades de la vida, para restituir a todos los hom-

18,6. (c) Rom. 5,19.

18,6. (d) Mat. 12,29; Marc. 3,27.

18,6. (e) Ps. 102,8; 144,8.

18,6. (f) Tit. 3,4.

18,7. (a) I Tim. 2,5.

18,7. (b) Gál. 4,5.

18,7. (c) Jn. 1,14.

bres la comunión con Dios. Por consiguiente los que afirman que Él se manifestó sólo en apariencia, que ni nació en carne, ni se hizo realmente hombre, se encuentran todavía bajo el peso de la condenación antigua, haciéndose abogados del pecado, puesto que, según ellos, la muerte no ha sido vencida; porque ha reinado ésta desde Adán 180 hasta Moisés, aun sobre aquéllos que no habían pecado conforme a la transgresión de Adán (d). Después, cuando ha llegado la ley dada por Moisés y ha dado sobre el pecado el testimonio de que existe el pecador (d), ella le ha quitado su reinado descubriendole como ladrón y no como 184 rey y haciéndole aparecer como homicida (f); y por otra parte, ella ha condenado al hombre que tiene en sí el pecado, demostrándole que es reo de muerte (g). Siendo espiritual la ley (h), solamente ha descubierto el pecado (i), 188 no lo ha suprimido: porque el pecado no se ha adueñado del Espíritu, sino del hombre. Porque era necesario que Aquél que debía destruir el pecado y rescatar al hombre, reo de muerte, se hiciera lo que era éste, es decir un hombre reducido a la esclavitud por el pecado, y retenido bajo 192 el poder de la muerte (j), a fin de que el pecado fuera destruido por un hombre y el hombre quedara así libre de la muerte. Porque de la misma manera que por la desobediencia de un solo hombre, que fue el primero en ser modelado a partir de una tierra virgen (k), muchos fueron 196 constituidos pecadores, y perdieron la vida, así también fue necesario que por la obediencia de un solo hombre, que fue el primero en nacer de una Virgen «muchos sean justificados y reciban la salvación» (l). Por consiguiente ésta fue la manera como el Verbo de Dios se hizo hombre, tal 200 como lo dice también Moisés: «Dios, sus obras son verdaderas» (m). Luego si, sin hacerse carne, no había tomado 204

18.7. (d) Rom. 5,14.

18.7. (e) Rom. 7,13.

18.7. (f) Rom. 7,11-13.

18.7. (g) Rom. 7,14-24.

18.7. (h) Rom. 7,14.

18.7. (i) Rom. 7,7.

18.7. (j) Rom. 5,12; 6,20-21.

18.7. (k) Gén. 2,5.

18.7. (l) Rom. 5,19.

18.7. (m) Deut. 32,4.

más que la apariencia de la carne, su obra no podía ser verdadera. Mas lo que aparentaba ser, era eso precisamente, o sea Dios recapitulando en Sí la antigua plasmación del hombre, a fin de matar el pecado, destruyendo la muerte (n) y vivificar al hombre; por eso eran verdaderas sus obras.

**2. JESÚS NO ES UN PURO HOMBRE, SINO EL HIJO DE DIOS
ENCARNADO EN EL SEÑO DE LA VIRGEN**

Solamente el Hijo de Dios podía hacernos libres

19.1. En cambio los que dicen que Él no era más que un puro hombre, engendrado de José, continuando en la servidumbre de la desobediencia antigua, mueren, no habiendo sido todavía mezclados con el Verbo de Dios Padre, y no habiendo tampoco tenido parte en la libertad que nos viene por medio del Hijo, tal como nos lo dice Él mismo. «Si el Hijo os libera, seréis de veras libres» (a). Desconociendo en efecto a aquel Emmanuel nacido de la Virgen (b), quedan privados de su don, que es la vida eterna (c); y no habiendo recibido al Verbo de la incorruptibilidad continúan en carne mortal; y son deudores de la muerte, por no haber recibido el antídoto de la vida. A los que el Verbo, explicando el don de su gracia, dice: «Yo he dicho: Vosotros seréis dioses e hijos del Altísimo todos; mas como hombres moriréis» (d). Él sin ningún género de duda dirige estas palabras a los que rehusan recibir el don de la adopción filial, menosprecian el nacimiento sin mancha, 16 que fue la Encarnación del Verbo de Dios, privan al hombre de su ascensión a Dios y se muestran desagradecidos

18.7. (n) II Tim. 1,10.

19.1. (a) Jn. 8,36.

19.1. (b) Is. 7,14.

19.1. (c) Jn. 4,10-14.

19.1. (d) Ps. 81,6-7.

al Verbo de Dios que se encarnó por ellos. Porque ésta es la razón por la que el Verbo de Dios se hizo hombre, y el Hijo de Dios Hijo del hombre; para que el hombre,
 20 mezclándose con el Verbo de Dios y recibiendo así la adopción filial, se haga hijo de Dios. Nosotros en efecto no podíamos participar de la incorruptibilidad e inmortalidad, sino uniéndonos a la incorruptibilidad e inmortalidad. Mas
 24 ¿cómo podíamos unirnos a la incorruptibilidad e inmortalidad si primero la incorruptibilidad e inmortalidad no se hubiera transformado en lo que somos nosotros, a fin de que lo corruptible fuera absorbido por la incorrupción, y lo que era mortal por la inmortalidad (e), para que reci-
 28 biéramos nosotros la adopción filial? (f).

Cristo es hombre y Dios

19.2. Por eso: «¿Quién contará su generación?» (a). Porque Él es hombre ¿quién le conocerá? (b). Le conoce solamente aquél a quien el Padre, que está en los cielos, le ha revelado (c), haciéndole comprender que el «Hijo del hombre» (e) que «no ha nacido ni de la voluntad de la carne ni de la voluntad del varón (d), es el Cristo el Hijo de Dios vivo» (f). Que ni uno solo entre los hijos de Adán es llamado Dios o Señor, en el sentido propio de estos términos, lo hemos demostrado ya por medio de las Escrituras; mas que Cristo con toda propiedad con exclusión de todos los hombres de entonces, es proclamado Dios, y Señor, Rey eterno, Hijo único y Verbo encarnado, tanto por todos los

19.1. (e) I Cor. 15,53-54.

19.1. (f) (Gál. 4,5.

19.2. (a) Is. 53,8.

19.2. (b) Jer. 17,9.

19.2. (c) Mat. 16,17.

19.2. (d) Jn. 1,13.

19.2. (e) Mat. 16,13.

19.2. (f) Mat. 16,16.

40 profetas como por los apóstoles, como también por el Espíritu mismo está a la vista de todos aquéllos que sean capaces de alcanzar la más mínima parcela de verdad. Las Escrituras no darían de Él este testimonio si no hubiera
 44 sido hombre como todos los demás. Mas como sólo Él tuvo aquella generación esclarecida que procede del Altísimo Padre (g), así también sólo Él tuvo aquella generación singular procedente de la Virgen (h). Las Escrituras divinas dan testimonio de ambas cosas. Por una parte Él es un
 48 hombre sin belleza y sujeto al sufrimiento (i), y montado sobre el pollino de una asna (j), le han dado de beber hiel y vinagre y, menospreciado del pueblo, descendió hasta la muerte (e); y por otra parte, Él es el Señor santo, Conse-
 52 jero admirable (m), de aspecto hermoso (n), y Dios fuerte (o), viniendo sobre las nubes como Juez de todas las co-
 sas (p). Esto es todo lo que las Escrituras profetizaban de Él.

19.3. Porque de la misma manera que el Señor era hom-
 bre para que pudiera ser probado, así también era el Ver-
 56 bo para que pudiera ser glorificado. Por una parte el Ver-
 bo se hallaba en el descanso eterno, mientras el Señor era probado, ultrajado, crucificado, y enviado a la muerte; por otra el hombre era «absorbido» (a), en tanto que el Señor vencía, soportaba el sufrimiento, resucitaba y era elevado
 60 a los cielos. Por tanto éste era el Hijo de Dios, Nuestro Señor, que era también Hijo del hombre; porque de Ma-

19.2. (g) Is. 53,8.

19.2. (h) Is. 7,14.

19.2. (i) Is. 53,2-3.

19.2. (j) Zac. 9,9.

19.2. (k) Ps. 68,22.

19.2. (l) Ps. 21,7-16.

19.2. (m) Is. 9,5.

19.2. (n) Ps. 44,3.

19.2. (o) Is. 9,5.

19.2. (p) Dan. 7,13.

19.3. (a) I Cor. 15,53-54; II Cor. 5,4.

ría, nacida de criaturas humanas, y criatura humana también ella, había recibido un nacimiento humano y venido a ser así el Hijo del hombre.

La señal del Emmanuel

Por eso el Señor mismo nos ha dado también una señal (b) en lo profundo del «Seol» o en la altura del cielo (c), sin que el hombre lo haya pedido (d); porque jamás hubiera imaginado éste que una Virgen, sin dejar de ser virgen, pudiera concebir y dar a luz un hijo y que el fruto de este parto fuera «Dios con nosotros» (e) y que descendiera a la parte más profunda de la tierra (f), para buscar allí la oveja perdida (g), es decir, su propia obra modelada por Él (h), y que subiera después a lo más alto del cielo (i), para ofrecer y entregar a su Padre al hombre que había 64 sido recobrado (j), efectuando en sí las primicias de la resurrección del hombre (k). Porque así como la cabeza ha resucitado de entre los muertos, así también el resto del cuerpo (l), es decir todo hombre que se encuentra en la vida (m) resucitará a su vez, una vez cumplido el tiempo 68 72 76 de su condenación debida a la desobediencia (n); entonces este cuerpo sustentado y ligado por medio de las articulaciones y coyunturas aumentará su crecimiento en Dios

19.3. (b) Is. 7,14.

19.3. (c) Is. 7,11.

19.3. (d) Is. 7,12.

19.3. (e) Is. 7,14.

19.3. (f) Ef. 4,9.

19.3. (g) Luc. 15,4-6.

19.3. (h) Gén. 2,7.

19.3. (i) Ef. 4,10.

19.3. (j) Luc. 15,24-32.

19.3. (k) I Cor. 15,20.

19.3. (l) Ef. 1,22; Col. 1,18.

19.3. (m) Filip. 3,0.

19.3. (n) I Cor. 15,23.

(o), ocupando cada uno de los miembros su propia y adecuada posición en el cuerpo (p). Porque así como hay 80 muchas moradas ante el Padre (q), así hay muchos miembros en un cuerpo.

El signo de Jonás

20.1. Por consiguiente Dios ha usado de longanimidad ante la apostasía del hombre, previendo la victoria que iba a obtener por medio del Verbo. Porque como su poder se 4 desarrolla en la debilidad (a), el Verbo ha hecho aparecer la bondad de Dios y su magnífico poder. Dios ha permitido que Jonás fuera tragado por un monstruo marino (b) no para que desapareciera y pereciera totalmente, sino para que después de ser vomitado por el monstruo, fuera más 8 sumiso a Dios y glorificara más a aquél que le otorgaba una salvación inesperada. Esta sucedía también para provocar en los Ninivitas un firme arrepentimiento (c), de manera que se convirtieran al Señor, y los librara de la muerte aterrados por aquel signo que se había realizado 12 en Jonás, tal como dice de ellos la Escritura: «Se convirtió cada uno de su mala conducta y de las iniquidades de sus manos, diciendo: ¿Quién sabe si Dios se arrepentirá y apartará su ira de nosotros de manera que no perezcamos?» 16 (d). Así de la misma manera Dios permitió al principio que el hombre fuera tragado por el gran monstruo, autor de la transgresión, no para que desapareciera y pereciera totalmente, sino porque Dios preparaba de antemano la adquisición de la salvación, que ha efectuado el Verbo por medio

19.3. (o) Col. 2,19.

19.3. (p) I Cor. 12,18.

19.3. (q) Jn. 14,2.

19.3. (r) Rom. 12,4; I Cor. 12,12.20.

20.1. (a) II Cor. 12,9.

20.1. (b) Jonás 2,15.

20.1. (c) Jonás 3,15.

20.1. (d) Jonás 3,8-9.

20 del signo de Jonás (e), en favor de aquellos que han tenido sobre Dios el mismo sentimiento que Jonás, y han confesado y han dicho: Soy servidor del Señor y adoro al Señor Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra (f). Dios ha querido que el hombre, recibiendo de él una salvación inesperada, resucite de entre los muertos, glorifique a Dios y diga aquella palabra profética de Jonás: «Llamé al Señor Dios mío en mi angustia y Él me escuchó desde el vientre del infierno» (g). Dios ha querido también que el 24 hombre permanezca siempre fiel en glorificar a Dios y darle gracias sin interrupción por la salvación recibida de Él, «de suerte que ninguna carne se gloríe delante del Señor» (h) y ningún hombre reciba acerca de Dios un concepto equivocado, tomando como una propiedad natural 28 la incorruptibilidad de que gozará, y no abandone jamás la verdad para envanecerse con un vano orgullo, como si naturalmente fuera semejante a Dios (i). Porque este orgullo haciéndole más ingrato para con su Creador, le 32 36 habría enmascarado el amor de que era objeto de parte de Dios y habría cegado su espíritu, impidiéndole tener sobre Dios unos sentimientos dignos de él, incitando al contrario a compararse con Dios y estimarse igual a él.

20.2. Tal ha sido por consiguiente la longanimidad de 40 Dios. Él ha permitido que el hombre pase por todas las situaciones y conozca la muerte para acceder después a la resurrección de entre los muertos y aprender por experiencia de qué mal ha sido librado: así el hombre se mostrará siempre agradecido al Señor por haber recibido de él el 44 don de la incorruptibilidad, y le amará más, si es verdad «que aquel a quien se perdona más, ama más» (a); y sabrá

20.1. (e) Mat. 12,39-40.

20.1. (f) Jonás 1,9.

20.1. (g) Jonás 2,2.

20.1. (h) I Cor. 1,29.

20.1. (i) Gén. 3,5.

20.2. (a) Luc. 7,42-43.

que él es mortal e impotente y comprenderá que Dios es 48 por el contrario inmortal y poderoso hasta tal punto que da al mortal la inmortalidad (b) y al temporal la eternidad; conocerá así todas las otras obras prodigiosas de Dios manifestadas en él, e, instruido por ellas, tendrá sobre Dios un concepto en consonancia con la grandeza de Dios, porque Dios es la gloria del hombre y por otra parte el 52 hombre es el recipiente de toda la obra de Dios y de toda su sabiduría, y de todo su poder. Y así como la bondad del médico se manifiesta en los enfermos, así la bondad de Dios se manifiesta en los hombres. Por eso dice Pablo: 56 «Pues Dios encerró a todos en la desobediencia, para usar de misericordia con todos» (c). Él no dice esto de los *Eones* espirituales, sino del hombre que, después de haber desobedecido a Dios y haber sido apartado de la inmortalidad, ha obtenido misericordia (d) por medio del Hijo de 60 Dios, recibiendo de él la filiación adoptiva (e). Porque este hombre, teniendo sin engreimiento ni jactancia un conocimiento verdadero de las criaturas y del Creador que es Dios, más poderoso que todos los seres y que da el ser a 64 todos ellos —y permaneciendo en su amor (f), sumisión y acción de gracias, recibirá de él una gloria mayor, progresando hasta llegar a ser semejante a aquel que murió por él. Porque Cristo se hizo «a semejanza de la carne de 68 pecado» para condenar el pecado y, condenado así, expulsarlo de la carne (g). Y, para animar al hombre a hacerse semejante a Él, le constituyó imitador de Dios (h) subiendo 72 hasta el reino del Padre y haciéndole ver a Dios y asir al Padre —él, el Verbo de Dios que habitó en el hombre (i) y se hizo Hijo del hombre—, para acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según el beneplácito del Padre.

20.2. (b) I Cor. 15,53.

20.2. (f) Jn. 15,9-10.

20.2. (c) Rom. 11,32.

20.2. (g) Rom. 8,31.

20.2. (d) Ped. 2,10.

20.2. (h) Ef. 5,1.

20.2. (e) Gál. 4,4-5.

20.2. (i) Jn. 1,14.

El Señor mismo se hizo Salvador del hombre, que era incapaz de salvarse a sí mismo

76 20.3. Tal es, por tanto, la razón por la que la señal de nuestra salvación, a saber el Emmanuel nacido de la Virgen, ha sido dada por el Señor mismo (a); porque era el Señor mismo el que salvaba a los que no podían salvarse 80 a sí mismos. Así Pablo proclamando la impotencia del hombre dice: «Porque sé que no habita en mi carne cosa buena» (b), indicando con ello que el bien de nuestra salvación nos viene de Dios y no de nosotros mismos. Dice 84 más adelante: «¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (c). Y presenta después al libertador: «Ésta es gracia de Jesucristo nuestro Señor» (d). Esto es lo que Isaías dice también por su parte: «Fortaleced las manos lánguidas, afirmad las rodillas vacilantes; decid a 88 los pusiláñimes: “Ánimo, no temáis; he aquí que nuestro Dios administra y administrará la justicia; vendrá él mismo y nos salvará”» (e). Estas palabras atestiguan bastante bien que podemos ser salvados no por nosotros mismos, sino con la ayuda de Dios.

92 20.4. De la misma manera puesto que ni será un puro hombre el que nos salve, ni un ser sin carne —porque los ángeles no tienen carne— Isaías lo ha anunciado diciendo: «Ni es un anciano, ni un ángel, sino el Señor mismo el que los salvará, porque Él los ama y los perdona; él mismo los libertará» (a). Y como será un hombre verdadero y visible, siendo el Verbo Salvador, Isaías dice también: «He aquí, ciudad de Sión, que tus ojos verán nuestra salvación» (b). Y, como no era solamente hombre el que moría por

20.3. (a) Is. 7,14.

20.3. (b) Rom. 7,18.

20.3. (c) Rom. 7,14.

20.3. (d) Rom. 7,25.

20.3. (e) Is. 35,3-4.

20.4. (a) Is. 63,9.

20.4. (b) Is. 33,20.

100 nosotros, esto es lo que dice Jeremías: «El Señor, el Santo de Israel se acordó de sus muertos que habían dormido en la tierra del sepulcro; y descendió donde ellos para anunciarles la buena nueva de la salvación que proviene de él

104 para salvarlos» (c). Esto mismo dice el profeta Amós: «Él mismo se volverá a nosotros y se apiadará de nosotros; destruirá nuestras iniquidades y arrojará al fondo del mar nuestros pecados» (d). Indica también el lugar de su venida: «El Señor ha hablado desde Sión y ha dejado oír su

108 voz desde Jerusalén» (e). Y como de aquella región situada al mediodía de la heredad de Judá vendrá el Hijo de Dios, que es Dios, y como a partir de Belén, donde nació el Señor, derramará su gloria sobre toda la tierra, dice así

112 el profeta Habacuc: «Dios vendrá de la parte del mediodía, y el Santo del monte Efrén; su poder ha cubierto el cielo, y la tierra está llena de su gloria; delante de su faz marchará el Verbo y sus pies avanzarán en los llanos» (f).

116 Indica claramente con ello: que él es Dios, después que su venida tendrá lugar en Belén y del monte Efrén, que está al mediodía de la heredad, y finalmente que él es hombre: «porque sus pies, dice él, avanzarán en los llanos». Este

120 es el distintivo propio del ser de un hombre.

Un cambio judío de la profecía del Emmanuel

21.1. Por consiguiente Dios se ha hecho hombre y él Señor mismo nos ha salvado (a), otorgándonos él mismo la señal de la Virgen. Por tanto no es verdadera la interpretación de aquellos que se atreven a interpretar así la Es-
 4 critura: «He aquí que una muchacha concebirá y dará a luz un hijo» (b). Así interpretaron, en efecto, Teodoción

20.4. (c) Ps. Jer.

20.4. (d) Miq. 7,19.

20.4. (e) Amós 1,2.

20.4. (f) Hab. 3,3-5.

21.1. (a) Is. 63,9.

21.1. (b) Is. 7,14.